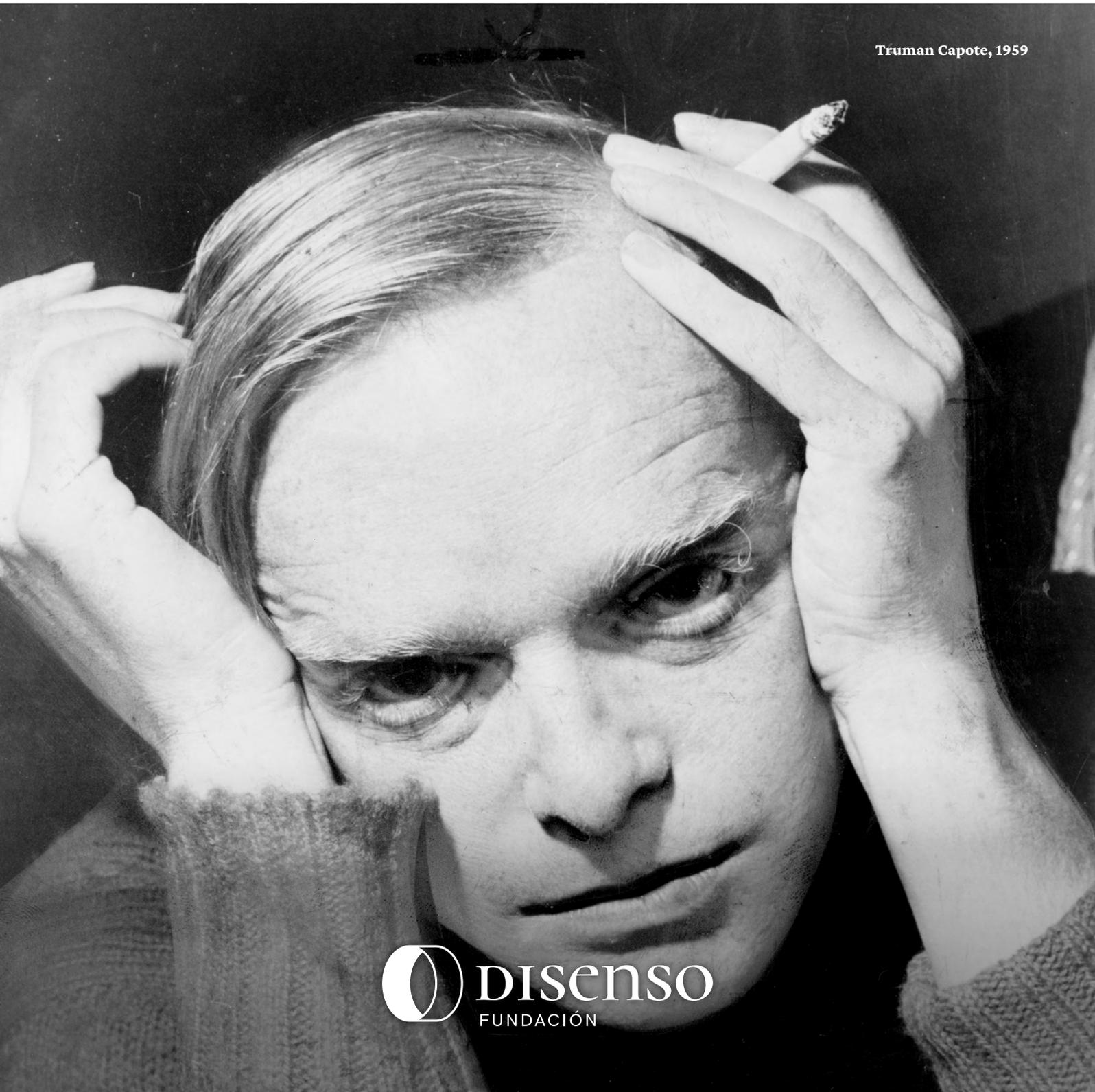


POR ZOÉ VALDÉS

TRUMAN CAPOTE, CIEN AÑOS

Truman Capote, 1959



El primer libro que leí de Truman Capote, «In Cold Blood» (1965), me lo prestó el hijo (soldado) de mi vecina en la calle Empedrado, allá en La Habana Vieja. Estudiaba desde lo militar en la parte de investigación criminalística. En aquella época a varios jóvenes militares cubanos le dieron a leer específicamente ese libro de Truman Capote con el objetivo de mostrarles cómo detrás de un «aparente escritor» interesado en los asesinatos podía esconderse un «peligroso homosexual». Flipante, ¿no? Así son las tiranías comunistas. Él lo leyó y decidió que yo debía leerlo también.

Amadito —así se llama— me pasó el libro de balcón a balcón. Lo devoré acostada en las losas frías de la estrecha sala donde vivía con mi madre, lo leí de un tirón. Al finalizarlo me invadió la duda, cómo definirlo: ¿literatura? ¿Periodismo? Novela de no ficción, ignoraba el término que el autor le había dado, e intentaba redefinir el estilo, y así entraba de lleno en el enigma, en el secreto del método del novelista estadounidense. Sí, me apasionó «A sangre fría», también las lecturas posteriores de su obra magistral.

Las posteriores llegaron de a poco, cuando las autoridades cubanas decidieron autorizar la publicación de algunos de sus libros, si mal no recuerdo dos en la Colección Cocuyo. No podía ni suponer entonces que Truman Capote, sus libros, la lectura de ellos, harían que mi círculo de amistades empezara a tejerse y ampliarse fuera de la isla. A los amigos franceses y españoles, que llegaban a visitarnos, sólo les pedía libros. Extrañados, a veces me los obsequiaban, conociendo sin embargo que las necesidades iban por otra vía: una pastilla de jabón, desodorante, champú, etcétera... Conmigo era distinto, sólo me interesaba en los libros; «los blúmeres llenos de huecos, pero leída» —decía mi madre—.

Truman Streckfus Persons, novelista, guionista, dramaturgo y también actor ocasional estadounidense, nació el 30 de septiembre de 1924 en Nueva Orleans, Louisiane. Celebramos pues el centenario de su nacimiento. Su apellido exento de musicalidad y sonoridad chirriaba más bien demasiado estridente, en cuanto pudo se lo cambió por el de su padrastro cubano, José García Capote.

Empezó desde niño a escribir, abandonó su natal New Orleans en el año 1942. Al publicar su primera novela «Others Voices, Other Rooms» (Otras voces, otros ámbitos, 1948) supo que iniciaba un camino sin retorno. Esta obra es calificada por la crítica como propia de un genio; de tal modo fue bendecido con gran cantidad de artículos acompañados cada vez de fotos donde parecía mucho más joven de lo que en realidad era en la época.

El público devoraba sus artículos en el New Yorker, donde empezó a escribir con tan sólo diecisiete años; cada tema que tocaba constituía un auténtico y enorme éxito, sobre todo aquel donde escribió muy al inicio sobre Marlon Brando. Revelador, un texto de un verdadero enamorado.

Con «In Cold Blood» (A sangre Fría), en 1965, regresó al periodismo literario o a la literatura periodística con un triunfo apoteósico, y además se inició como autor y actor en el cine.

Dato curioso: el personaje del niño tan divertido de la película «To Kill a Mockingbird» (Matar a un ruiseñor, 1960) está inspirado en él; su madre padecía alcoholismo, durante las vacaciones se libraba del pequeño Truman enviándolo a hogares de familiares y de gente extraña.

En una de esas vacaciones, Lillie Mae Faulk, su madre, lo mandó a Cuba, a Matanzas, con la familia del padrastro. De cómo la pasaría ese pequeño allá nadie ha escrito, ni él mismo lo hizo, es un misterio. Comenta una amiga cubana: «tan raquítico y rubio como un ratón blanco», bajo aquel sol inclemente, lo verían como a un marciano... Truman adoraba a su padrastro cubano, muy bien parecido y buena persona, lo ayudó hasta su fallecimiento.

Harper Lee, la autora, es esa niña en el filme a la que él embulló para que escribiera, y a la que también protegió toda su vida.

Truman Capote no era político y su homosexualidad era notoria, se cuentan barbaridades acerca de él, aunque todas simpáticas. La homosexualidad se vivía de otra manera, y él fue de los primeros en revelarla sin hacer de ello una alharaca o forma de imponerse.

En «Breakfast at Tiffany's» (Desayuno en Tiffany, 1958), la película basada en su novela, protagonizada por Audrey Hepburn —y que él quería que interpretara Marilyn Monroe, pues era quien de verdad se parecía al personaje de Holly Golightly, o sea a Carol Grace, en la que se inspiró, gran amiga suya, más tarde esposa de Walter Matthau— se reveló como *dandy* y novelista mundano. La película fue otro exitazo,

devenido un clásico desde la publicación del libro, el éxito del filme acentuó los valores de la obra, como sucedió con casi toda su obra adaptada al cine.

Una anécdota curiosa, invitó al detective principal del caso de «A Sangre Fría», Alvin Dewey, y a su esposa a Nueva York. El detective jamás había estado en la Gran Manzana, se le notaba entusiasmado y a su mujer más. Ella le pidió a Truman que la llevara a conocer la célebre joyería Tiffany. Estos le preguntaron si en agradecimiento por su novela que había aportado todavía más fama mundial a la joyería, ésta le había hecho algún regalo de valor. Truman rio de buena gana: «No, de ninguna forma, lo más que hicieron cuando me mudé cerca de aquí fue invitarme a un desayuno». Los tres rieron a carcajadas.

«A Sangre Fría», el libro sobre los asesinos Perry Smith y Richard (Dick) Hickock que acabaron con la vida de una familia de agricultores de Kansas, obsesionó al autor durante su escritura, tanto que mientras investigaba para escribirlo se fascinó con los criminales. Les visitaba constantemente en la cárcel, inclusive hasta después de haber culminado el trabajo de investigación. Consiguió —se cuenta— en medio de su obnubilación que se fabricara una marca de zapatillas deportivas con el nombre adulterado de Perry Smith.

Numerosos lectores recuerdan que al salir editado el libro, tras leerlo, para ellos el libro constituyó «una historia muy varonil, un ensayo periodístico, muy profesional». Esa obra significó su consagración definitiva.

Sería bueno preguntarse, al cabo del tiempo y de toda su obra y su vida, si el amor paterno filial a ese cubano tan atractivo, que al parecer era el tipo de cubano vividor tan común en los tiempos de la Cuba Eterna, no influyó e inspiró al joven Capote.

La divisa de estilo de Truman Capote consistía en explorar el dolor hasta sus últimas consecuencias. Profería que había que conocer el origen del dolor que conduce a escribir hasta lo más hondo, e ir más allá del dolor mismo, hasta que no duela más, hasta el dolor se convierta en ausencia como antídoto del dolor; consideraba la escritura como una cura de caballo.

Su voz afectada de niña trastornada con los años se vio transformada en voz de anciana maldita, divertida, traviesa. A él le agradaba su propia voz, afeminada, y no por ello menos firme, y de vez en cuando con un deje truculento.

Siempre me interesó la relación con Dios en la obra de Truman Capote, imperceptible apenas, aunque concluyente por abrumadora y sacrificada. Lo que notamos desde aquella frase suya en el prefacio de su libro «Música para camaleones» (1980) que describió el amor por su trabajo: «Cuando Dios te da un don, también te da un látigo».

En el *show* televisivo de Dick Cavett en 1971, cuya audiencia sobrepasó toda norma, la sinceridad del autor sacó lágrimas y exclamaciones entre el público. Se refirió a *The Swan*, sus Cisnes, como llamaba él a aquellas damas de alto copete, desnudadas en el artículo escrito para la revista *Esquire* que luego creció deviniendo el libro «Plegarias atendidas» del que también habló y calificó de «novela póstuma» —así fue (1986)—, que desató un escándalo al sacar a la luz los secretos y chismes de la alta sociedad neoyorquina; lo que contribuyó a su paulatina destrucción. También mostró un distinguido coraje al comentar su dependencia de los tranquilizantes y del vodka, que casi lo matan. «No podía dormir y me prescribieron calmantes, los tomaba sin ninguna consciencia, luego pedía más, porque más dependiente me hacía, debía escribir y el acto de escribir le robaba tiempo a mi vida, no dormía entonces... Al fin pude salir de eso...»

A punto de terminar la entrevista el brillante Dick Cavett le preguntó: «¿Quién te gustaría que interpretara tu vida en el cine?». Truman Capote respondió sin vacilaciones: «Garbo». Risas de ambos. Más serio argumentó: «*Well*, Garbo no es un chico, pero es bastante andrógina».

No consigo separar la majestuosa obra de Truman Capote de una cierta elegancia y perfección en el idioma, un magnífico y bello lenguaje como un torbellino atrapado en un delicado y sencillo bordado, que dejó de ser sureño para reconvertirse en neoyorquino, adornado con un refinado —aunque no por ello menos callejero— sentido del humor, muy propio de Manhattan.

Con apenas 59 años nos dejó Truman Capote, nacido para escribir, y para matar de envidia con su escritura. Tanta envidia desató, incluso entre los relativamente exitosos, que el escritor Gore Vidal, amigo

del castrismo (visitó la isla en el 2007 anunciando que quería ayudar a «romper el bloqueo») no se dignó a anudar su lengua viperina ni siquiera en semejante instante de gravedad y definió su muerte como: «Una sabia decisión profesional». Sus cenizas al igual que su espíritu soplan «donde quiera» en los alrededores de Crooked Pond.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura